

Regresar a ARCHIVOS MARIO ARRUBLA

**EL SUJETO Y EL OBJETO EN EL  
CAMPO DE LA CULTURA CIENTÍFICA**

**MARIO ARRUBLA**

**CUADERNOS COLOMBIANOS No. 1  
Agosto 1973**

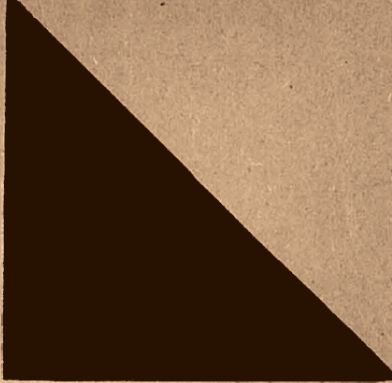
# EL SUJETO Y EL OBJETO EN EL CAMPO DE LA CULTURA CIENTÍFICA

## Mario Arrubla

---

*Este artículo apareció en la revista Cuadernos Colombianos No. 1,  
Agosto 1973*

**CUADERNOS  
COLOMBIANOS**



**MARIO ARRUBLA:  
el sujeto y el objeto en el  
campo de la cultura  
científica.**

## I. Sujeto teórico y objeto práctico

Hace ya mucho tiempo dejamos de ser filósofos para convertirnos en científicos de los hechos humanos. Con el paso de la filosofía a la ciencia ganamos ciertamente mucho, aunque sólo un poco más de lo que perdimos. Hoy, todo pensador que se respete hace ciencia, no menos que un naturalista. Como éste, tiene su objeto propio, perfectamente circunscrito, sin un solo resquicio por donde pueda sustraerse a su trabajo descriptivo y explicativo. También él permanece claramente separado de su objeto, con la única diferencia de que en su caso, como se comprende fácilmente, la separación no va de suyo y es más bien una hazaña que acredita de manera especial su temple de científico. Es evidente así que la ciencia social y la psicológica resultan más meritorias que las ciencias naturales, por algo surgieron en una etapa posterior de nuestro desarrollo. El nuevo científico debe ser ante todo un abstencionista, sólo debe aspirar al saber sin contaminar a su objeto demasiado próximo con movimientos volitivos o libidinales, lo que no es mayor gracia en quien se ocupa de amibas, de galaxias o sustancias químicas.

Para que nuestro pensador se convirtiera en científico fue necesario que ante todo conquistara su objeto. Y no se crea que el combate que tuvo que librar para lograrlo fue un ligero torneo: tal parece que sólo lo ganó cuando pudo dar al otro por muerto. Apenas entonces le resultó posible tomar la distancia necesaria para examinarlo. El primer acto científico en relación con el objeto así conquistado fue darle un nombre: el hombre práctico. De contragolpe, el acto fundador de este bautismo constituía al científico en el detentador de la palabra, de la verdadera palabra, aquella que se limita a llamar a las cosas por su nombre o a encontrarles su nombre, a consignarlas y registrarlas, sin que en las letras, como corresponde a su concepto, hubiera una sola huella del color o el olor del objeto nombrado y todavía menos de la atracción o la repulsión que supuestamente pudiera despertar en el investigador. El cien-

tífico se convirtió en el hombre del lenguaje, y el lenguaje resultó siendo lo que no hacía nada, no quería nada y no se inmutaba por nada, es decir, exactamente lo contrario del hombre práctico. El lenguaje, puro lugar del hombre de ciencia, era la divinidad que se complacía en sí misma. Esta complacencia, o el deseo de saber por el solo gusto de saber, era la otra cara de la conmiseración con que el científico consideraba a su objeto, es decir, al hombre práctico. Este hombre, que se confundía con todo el ruido del mundo, el hervidero de las pasiones, el barullo de las sociedades, los combates de las armas y de las ideas, él, el hombre del deseo y del interés, del poder y de toda voluntad, era cualquier cosa menos lo que pretendía. Ante todo, cero identidad personal. Tener identidad, ser sí mismo, significa que allí donde uno se da por vivo, es decir, allí donde uno es movimiento de búsqueda, de afirmación o deseo, es uno el origen de ese movimiento, el cual no tiene su raíz y su causa suficiente en otra parte, que era lo que los filósofos llamaban la libertad. Hoy tenemos perfectamente sabido que los hombres, considerados como individuos, como grupos o como clases, no se mueven por sí mismos sino que son movidos; que el deseo, por ejemplo, se genera según estructuras que trascienden al individuo y que hacen presa en él a manera de textos dramáticos que comprenden un cierto número de papeles, de variables funcionales de apetencia, de modo que la circulación del personaje puede ser seguida según leyes precisas, fácilmente formalizables, en atención a las cuales el psicólogo se convierte en lingüista y éste debe llamar en su ayuda al matemático. Con los grupos y clases, menos problema. Afirmandose a sí mismos en su segregación relativa, sus movimientos cobran la figura del interés, el cual puede científicamente determinarse a partir de la estructura de que forman parte y que es la que le da un sentido a su lugar. Aquí es más fácil todavía mostrar que el sujeto no es sujeto, sino efecto; ciertamente, no un efecto lineal, sino más complejo: un efecto estructural. Luego de comprobado que el sujeto del deseo y del interés carece de toda identidad, que es apenas un lugar en que lo otro precipita ciertos efectos en la

forma ilusoria y fenomenal del sí mismo, un punto de llegada que se quiere con toda la locura del mundo punto de partida, se pasa a comprobar que este sujeto que no es ningún sujeto se consagra a la producción de actos que no son verdaderos actos. Como bien sabían los teólogos, un acto que se quiera tal es poco menos que una creación: por él, algo nuevo debe venir al mundo, algo que no esté previamente dado de manera empírica en quien lo realiza ni en el terreno en que se realiza. Un acto no ha de ser el simple despliegue de la cosa existente, de la cosa mundo o de la cosa hombre, no ha de venir como un acontecimiento natural que puede siempre rastrearse en lo que ya era. No hay nada de lo que ejecute el pretendido sujeto del deseo y del interés que no pueda encontrarse previamente inscrito en su existencia empírica, inscrita a su vez, como se dijo, en el marco impersonal de una estructura. Todo lo cual equivale a decir que el sujeto práctico desde ningún punto de vista que se le mire debe ser reconocido ni como sujeto ni como práctico, y ello porque es producido allí donde se dice productor, como quien dice en su propio corazón, y porque la práctica a que pretende no produce un solo acto verdadero.

Ni identidad, ni libertad, ni subjetividad, ni acción: he ahí lo que revela al primer aborde científico el llamado hombre práctico. Pero todo aquello era precisamente lo que durante largo tiempo le había permitido mantenerse por fuera del terreno de la ciencia. Se puede pues lamentar la vanidad revelada de sus mejores determinaciones, pero se debe estar también dispuesto a reconocer que ello ha sido el precio necesario que hemos debido pagar para conquistar un saber. Puede entonces decirse que el sujeto que hemos perdido del lado de la práctica lo hemos ganado del lado del saber, que si nada en realidad hacemos cuando pretendemos actuar, algo en verdad sabemos cuando señalamos la vanidad de toda acción y cuando somos capaces de explicar cualquier presunto acto con el mismo rigor con que explicamos los fenómenos de la naturaleza. Este saber, que nos entrega al hombre práctico como objeto, tiene ade-

más la consistencia suficiente para resistir todas las pruebas, en particular las que provienen de ciertas resistencias del objeto mismo, normales por lo demás. Resulta en efecto que el hombre que se despliega como voluntad habla y piensa también. O mejor, pretende hablar y pensar. Si tal fuera el caso, en este punto el objeto de la ciencia que es el hombre práctico escaparía a la investigación, haría como el analizado que se incorpora en el diván y quiere nada menos que participar en la elaboración de los conceptos con que se le analiza. Los campos de la teoría y de la práctica están sin embargo lo suficientemente separados y delimitados como para hacer que estas pretensiones conceptuales reviertan de inmediato a la calidad de materiales del análisis. Y así como el paciente no ha de ser admitido como interlocutor válido, el hombre práctico no será reconocido como sujeto de lenguaje so pena de grave error teórico y de que el teórico pierda su especialidad. Aunque es cierto que el teórico científico no es tan exclusivista como aquí se dice: él acepta que cualquier hombre puede acceder a la palabra, al pensamiento, al saber, pero aclarando que no en tanto que hombre práctico, sino sólo cuando deja de querer y no persigue ya nada, en momentos privilegiados en que toda apetencia y todo ardor desaparecen para abrir paso al solo deseo de saber, verdadero nirvana de nuestra cultura científica. Es decir, que el hombre práctico puede ser teórico pero no como hombre práctico, sino en su calidad abstracta de hombre, que nuestros rezagos humanistas están lejos de regatearle. Vale decir, el hombre puede ser práctico y teórico sucesivamente, dedicar unos ratos a lo uno o lo otro, como esos revolucionarios que saben repartir el tiempo entre el estudio y las tareas propiamente políticas. El hombre práctico, el apetente, cuando habla, no habla: vive o despliega su pretendida vida. Su discurso no es como el discurso verdadero del teórico científico que se escinde de lo que nombra, que mantiene con austeridad heroica la barra separatoria del significante y el significado. No, el discurso del hombre práctico no está hecho de palabras sino de humores substanciales, las palabras con que pretende comunicar un sentido son vehículos

en que despliega hipócritamente sus sentimientos, profanando con ello el lenguaje de cuyo culto se encargan los teóricos. El hombre práctico no habla, actúa —si así puede todavía decirse— con sus palabras, nos llega libidinalmente con ellas, nos avienta sus odios, nos toca indecorosamente. La cosa es simple y clara: el hombre práctico, como tal, como agente de voluntad, es práctico incluso cuando pretende teorizar, porque teorizar no es agenciar pasiones. El no teoriza, actúa según su manera. Cuando teoriza, entonces, decimos con propiedad que es un ideólogo, explicando que la ideología es una acción, o más exactamente un efecto vehiculado por razones que no son tales. La razón de una cosa es su representación en el elemento universal del lenguaje, lo que puede ser pensado y comunicado de ella independientemente de cualquier punto de vista, interés o inclinación particulares, lo que tiene libre circulación entre simples sujetos de lenguaje. El hombre práctico, cuando nos da sus teorías, viste con el traje universal de la razón sus intereses particulares, lanza a la circulación una moneda falsa con lo que no sólo actúa en lugar de teorizar sino que actúa malignamente. Vale decir, cuando se pretende teórico no simplemente es práctico a su manera, sino perverso. No sólo persigue sus intereses sino que para mejor alcanzarlos pretende hacer creer que ello conviene a todos, que su interés particular es el interés general. En resumen, cuantas más altas cosas pretende el hombre práctico, peor para su causa. Si se limita a hablar como acostumbra los humanos, se puede demostrar que actúa, y ya se sabe lo que vale su acción. Si pretende invadir los terrenos del saber y levanta sus construcciones ideológicas, no sólo actúa sino que adelanta su acción en términos de estafa. En todos los casos, la acción que lo define y que lo deja por siempre al margen del saber no es una acción, pues ni tiene en él su origen ni alcanza nada que no esté ya en cierta forma dado; es un efecto científicamente detectable que, si bien aparece en el lugar que él ocupa, se genera en una estructura impersonal que lo domina. Y, como bien se sabe, esta estructura así como sus efectos —llámense deseo, interés, conciencia individual o discurso ideológico—



son perfectamente susceptibles de análisis, y hasta llegado el caso presentables en gráficos.

Construido así el concepto de lo práctico como el terreno en que los hombres se quieren sujetos sin que logren más que acreditar con este querer mismo su carácter de objetos, en el lugar y momento mismos de la muerte de su subjetividad surge el personaje que certifica de ello y que a este solo título se declara el heredero universal. Como entre miserables, no acaba el pobre de cerrar los ojos cuando ya el deudo se arroja sobre sus harapos. El científico, que en el elemento del saber encuentra al sujeto que no puede vivir en la práctica donde, desfalleciente, apenas alcanza el status de objeto, el científico afirma en realidad no querer prácticamente nada. Inclusive, está pronto a dolerse de su descubrimiento y a considerar su saber como un saber amargo, del tipo del sólo sé que nada sé, o más exactamente del sólo sé que nada saben. En efecto, la subjetividad que gana como científico se reduce a ese movimiento casi imperceptible, puro hecho verbal o espiritual, que revela la vida como sueño, que reconoce como imaginario al sujeto imaginario de la práctica. Esta especie de castración priva al hombre práctico de su pretendida potencia, pero el acto de la castración, que es un puro saber, tiene un ejecutor que con el hecho de realizarlo acredita un poder singular. Todo depende de que el castrador se diferencie sin ambigüedades del castrado, de que el sujeto del saber que se produce por el acto meramente intelectual de recusar al sujeto de la práctica no vaya a merecer la suerte de éste haciéndose culpable de otro deseo que el de la intelección. Esto queda fuera de duda si el teórico está dispuesto, como en realidad lo está, a despojarse de sus vestiduras y a mostrarle al mundo que semejante operación no puede practicarse sobre él por sustracción de materia. El pene carnal de que se vanaglorían los humanos es el secreto de su impotencia. La potencia del acto mental que señala esto, si ha de ser representada por un signo y conservada en su diferencia, necesita de otra palabra. Digamos pues que el científico es el portador del falo simbólico,

heredero espiritual del desacreditado pene, como el hombre teórico es el sujeto que no alcanza a ser el hombre práctico; que él realiza la única posibilidad de que exista algo parecido a un sujeto en el universo humano. El saber es el lugar del sujeto, no el hacer. Sólo el hombre que se limita a saber, a consignar primeramente que todo hacer es un fantasma de hacer, no lleva la ilusión en su corazón, no alienta una vida hecha de sombras y escapa a la aniquilación. En su rincón, austeramente constreñido a su papel de pura lámina especular, conoce la única vida verdadera: lo que desde el punto de vista del hombre práctico sería la muerte, para él es la vida, su vida. Porque lo único que el hombre puede verdaderamente hacer, si así puede decirse, es saber. Este hacer es el único que no es un efecto particular del juego de las estructuras, y ello porque el teórico que cumple su concepto no habla desde dentro de las estructuras sino que las sobrevuela, lo que vale tanto como decir que no pretende hacer nada. Su saber es el único verdadero hacer porque no es un hacer, el sujeto de la ciencia es el único sujeto posible porque no es ningún sujeto —juegos de palabras de que espero ser excusado porque no me considero su autor. Termina así por construirse el concepto correlativo al de lo práctico como objeto, o sea el concepto de lo teórico como sujeto. La teoría científica es un proceso verbal desinteresado, desapasionado, objetivo, desprovisto de toda apetencia práctica, que revela el mundo práctico como falsamente práctico, o los actos como falsos actos, lo que implica que ese mundo se hace objeto y puede ser pensado como objeto y que, correlativamente, gracias a tal objeto, lo teórico se puede desplegar como sujeto.

## II. Relaciones de objeto

Donde quiera que los hombres buscan ganar para sí, en calidad de posiciones adquiridas, las determinaciones del sujeto y del objeto, e independientemente de que la acción que relaciona estos dos términos sea lo que en lenguaje vulgar se llama acción o lo que el saber científico des-

cubre paradójicamente en la inacción, donde quiera que esto sucede los hombres tienden a repartirse en dos campos, aunque también hay que decir que la dualidad puede darse en el interior de un solo hombre o de un solo grupo homogéneo que resultan siendo a la vez, según se les mire, todo sujeto y todo objeto, o lo que se dice una unidad desgarrada. El saber y la vida, por ejemplo, vienen a designar los dos polos de la escisión. En el mundo, esta escisión aparece como la de una cultura especializada que se superpone a la vida vulgar; en el interior de la cultura, como la escisión entre un sujeto teórico, que es lo propio del trabajador cultural, y un objeto que representa la vida y que por ser interior a la cultura debe ser reconocido como un concepto suyo. Como veíamos, el hombre de cultura, comoquiera que pretende hablar de algo, reclama la validez del concepto de su objeto en base a su adecuación a una existencia real, que en nuestro caso es el hombre práctico. Este hombre es conquistado como objeto gracias a una serie de afirmaciones, la más importante de las cuales es aquella que lo señala como un sujeto ilusorio y funda la posibilidad de su conocimiento riguroso en el hecho de su condicionamiento empírico. Las características de esta conquista, que convierten la cultura en una ciencia rigurosa, van a determinar también que el trabajo propiamente científico que es el conocimiento positivo del objeto se efectúe bajo ciertas modalidades o de acuerdo con ciertas tendencias, que a este título se revelan necesarias. Esto es lo que estudiaremos aquí, como las relaciones de objeto propias del campo de la ciencia.

También en el amor corriente la conquista tiene un carácter fundador. Una mujer es una mujer, pero no por ello se acepta inmediatamente nuestro objeto, y la feminidad que puede llevarla a ocupar ese lugar necesita ser revelada en un movimiento activo que es lo propio del conquistador. Esta mezcla de comprobación factual y de producción activa, que confiere su peculiar encanto a la conquista, se presta también a confusiones mayores, y es así como en lugar de señalar al objeto en su feminidad nos su-

cede señalarlo naturalmente como hembra. La diferencia, que es condición y finalidad de estas relaciones, queda ganada así y hasta ganada en exceso, es una diferencia entre un puro sujeto y un puro objeto que suprime toda equiparación y que por privar al objeto de sus definiciones subjetivas y humanas lo convierte en un objeto muerto. La hembra, o la mujer definida en su castración natural, nos refleja de nuestro lado un valor fálico que resulta sin embargo precipitado en las más azarosas aventuras, a través de las cuales, siempre en lucha por el vigor desfalleciente, hacemos conocer a nuestro objeto una degradación progresiva. Es a una pendiente parecida a la que se ve arrastrado el objeto de la ciencia, el hombre práctico que es conquistado como objeto cuando se le define en sus carencias y cuando a sus actos no se les reconoce otra dimensión que aquella que permite asimilarlos a efectos naturales. La necesidad de su degradación es preciso encontrarla en esa definición inicial que puso término a las resistencias que lo mantenían por fuera del conocimiento científico. Por largo tiempo, en efecto, el hombre práctico suscitó con sus movimientos un poco anárquicos la inquietud de nuestro espíritu siempre ávido por poner las cosas en su punto, inquietud que sólo pudo ser resuelta cuando las agitaciones y personificaciones con que nos provocaba fueron denunciadas como el modo de aparición de un falso sujeto o el modo de existencia de un verdadero objeto. Comprendido en su condicionamiento, a partir de lo dado en él y de los marcos factuales en que se inscribía, se dejaron de lado sus pretensiones a la incondicionalidad por la razón aparentemente suficiente de no ser nunca pretensiones cumplidas, con lo que sus actos encontraron su entidad en el resultado. Con el acto reducido al resultado y el resultado referido a lo dado, conocer al hombre práctico y tomarlo desde atrás fue todo uno. Desde atrás, desde sus esquemas psíquicos constituidos o desde esos sistemas materializados que acaban por conformar y en que llegan a inscribirse sus actos más primarios y más directamente dictados por la necesidad. Este abordaje *a tergo*, que todavía apunta al hombre práctico aunque dando un rodeo por sus condicio-

namientos, podría hasta cierto punto pasar si no fuera porque conlleva la tentación inevitable de una perversión mayor. Consagrándose al saber de las estructuras, el teórico ya no persigue al hombre desde esa otra parte que era el fundamento de su objetividad, sino que, en un acto de objetividad suprema, se olvida de él para encaminarse directamente a la otra parte. Aunque tampoco puede decirse que lo olvida. Más justo es decir que, en un acto de desprendimiento clásicamente científico, se limita a negarle todo privilegio en la empresa de la ciencia misma, la que se hace más ciencia cuando deja de fijarse como meta este objeto específico que es el hombre práctico. El materialista buscaba desde atrás al hombre práctico, este hombre seguía siendo la finalidad de su trabajo y con ello el investigador daba muestra de rezagos humanistas que no podían sino entorpecer el libre despliegue de la ciencia. El estructuralista, aventando por la borda todo resto de sensiblería humanista, va directamente a lo que antes pudo parecernos lo trasero y descubre que es aquí donde encuentra su lugar el hombre mismo, pero en calidad de elemento o término relacional que ocupa el campo de las estructuras sin la menor ventaja sobre cualquier otro elemento. El mundo entero, con sus redondeces, viene a ofrecerse a nuestros apetitos científicos por esta suerte de revolución copernicana que supera toda concesión a los puntos de vista del hombre práctico y ya no habla de un atrás y un adelante, de materialidades condicionantes y subjetividades condicionadas. El objeto del saber es uno: la síntesis de la forma y la materia, de la lógica y la existencia. Qué significa esto? Que gracias al concepto de estructura accedemos a un mundo de formas que, para ser tales, no necesitan de las operaciones sintéticas de ningún sujeto como el que quería Kant, que tienen en sí mismas su lógica y las condiciones de su subsistencia legal, que existen con toda su lógica y que son así la lógica existente, la lógica contra la que uno se tropieza y contra la que ha venido a tropezar de buena gana el científico estructuralista. El no quiere para sí otros méritos que los de Colón, inseparables de una cierta modestia: reivindica justamente el trabajo de la búsqueda, pe-

ro acepta que lo encontrado ya estaba allí. El no es un creador, sólo un descubridor. Conoce lo que ya era, señala lo que es. Y lo que es tiene su lógica y existe por su lógica, como un universo de leyes. El trabajo concreto del científico consiste en desentrenar las leyes de funcionamiento de estos órdenes autosuficientes que son las estructuras, señalando en todos los casos la inherencia de su necesidad. Su trabajo no es fácil, ciertamente, y de ahí que con algún patetismo apele al auxilio de los más inopinados colaboradores: los matemáticos, los cerebros electrónicos. —Pero no sólo encuentra inopinados colaboradores sino también inopinados competidores, por lo que el alivio que le representaban aquéllos se ve contrabalanceado por una real molestia. A semejanza de ese héroe cuyos actos eran uno a uno remedados por las pantomimas de un bufón inseparable, así el científico estructuralista debe soportar que en su propio campo desarrolle sus actividades el investigador americano. O no en su propio campo, sino en otro que es su bufonada. Era la lógica encontrada como existencia; pues bien, para el investigador americano la existencia es de por sí lógica, a ella se reduce toda lógica y decir lo que existe o ha existido nos procura un saber que no precisa de otra validez. Es Roquentin sin náusea, lleno de avidez. Se desparrama por los cinco continentes, bebe en todas las fuentes de información, persigue a M. de Rollebon por todas partes en que ha dejado huellas. M. de Rollebon, para él, es un acto, una ocurrencia, un producto, cualquier cosa que tenga o haya tenido el mérito de existir. El investigador americano es, por excelencia, un trabajador del adverbio, partícula gramatical que él agota en todas las modificaciones que pueda introducir al verbo ser. Partiendo de una hipótesis, de lo que sólo es posiblemente, pasa a lo que es muy probablemente para concluir en lo que es de hecho. Definida la existencia de hecho, y luego de que vemos desfilar los adverbios de tiempo y lugar, el investigador americano pasa a medir los diversos grados de frecuencia —generalmente, regularmente, muchas veces, raramente— y de intensidad, desde lo mucho a lo muy poco. Por fin, nos entrega su trabajo como el proceso por el cual es-

tos adverbios han podido encontrar su contenido principalmente aritmético, proceso que coincide con el relato de la investigación. Un cuadro, un gráfico, he ahí la almendra a modo de conclusión. Sabemos así que en tal población, situada en tal parte, había en tal época determinado número de habitantes, o se produjo determinada cantidad de determinado artículo, o los precios de tal artículo sufrieron tales o cuales variaciones. Otras veces aprendemos cosas todavía más idiotas: el investigador, que parte tranquilamente de la hipótesis de que la producción de oro da ganancia, realiza el más arduo trabajo para comprobárnoslo. Y si decimos, con mal disimulada irritación: pero para qué todo esto, para qué sirve todo eso, el investigador americano, que cree estar explotando con todo derecho el campo de la ciencia, no tiene el menor inconveniente en responder: para qué?, para nada, por saber. Y llegamos así al último acto o, si se quiere, al desenlace que nos es posible señalar siguiendo las puras tendencias de estas relaciones de objeto. Empezamos, como se recuerda, con el hombre práctico definido como objeto, lo que es el acto propiamente dicho de la conquista. Dedujimos del puro concepto de este objeto la necesidad de su apropiación desde atrás, y examinamos seguidamente la tentación de reducir el objeto a lo que primero encontramos como parte trasera u objeto parcial y que pronto se cambia en lo absoluto. En este objeto bien podemos recordar a Dios: pura forma legal encontrada como existencia. También mostramos que esta definición no dejaba de prestarse a nuevos malentendidos ni de propiciar las infiltraciones más molestas: si la lógica se señala como cosa no falta quien se desentienda de toda lógica para contentarse con toda cosa. Y vuelta a la simple vulgaridad de la carne. Qué de extraño tiene que, al final, el verdadero hombre de ciencia se canse, se repliegue, se neurotice? El estructuralismo, a despecho de los placeres que prometía, resulta a la larga verdaderamente decepcionante, las variantes formales aparecen como infinitas pero si nos elevamos a la pura formalidad nada puede considerarse como nuevo. Quién tiene ánimo para vivir practicando las cuatro operaciones cuando se domina la lógica arit-

mética? Y, para colmo, el investigador americano llega a contaminar el ambiente. Al cansancio y a la repugnancia pueden atribuírse hasta cierto punto el abandono final que es la suerte del objeto práctico y el repliegue sobre sí del hombre de ciencia, repliegue que apenas de manera transitoria puede llevarlo a ocuparse de técnicas y metodologías de la ciencia, especies de Kama Sutra en que nunca cree mucho. Su objeto será pues el concepto científico, que debe ser incesantemente acomodado dentro del contexto del saber y que se encuentra de preferencia en el campo de la ciencia constituída, en el trabajo pasado de la ciencia, particularmente en los grandes textos fundadores colocados más allá de toda sospecha y dignos de preservarse de toda vulgarización. La gran exégesis, si se quiere. El retorno al origen, la soledad suprema de la ciencia que se ocupa del cuerpo de la ciencia, que quiere preservar este cuerpo de la muerte y la devastación, el teórico que se fija en un ritual de orden y que vuelca en su afán todo el conformismo y toda la laboriosidad de que es capaz, todo el amor y toda la furia de que es capaz; esto, en su conjunto, podría ciertamente representar el cuadro de una grave neurosis obsesiva que amenaza a la ciencia en su razón, es decir, en su vida misma. Este repliegue extremado resulta así doblemente pecaminoso, por lo que tiene de onanista y por lo que tiene de autodestructivo, males mayores de que quisieron resguardarnos nuestras viejas morales religiosas. Como nada nos separa de este goce ni de esta destrucción y el mundo entero es el que queda al margen en su incapacidad de intervenir en nuestras relaciones con nosotros mismos, no hemos de decir que estas nulidades de actos corresponden plenamente al concepto del saber científico como saber que no conlleva en sí ninguna práctica y que sólo desea saber? El saber por el solo deseo de saber termina haciendo del saber su objeto, realizando con ello otro sueño caro al obsesivo: el de agarrarse por la cola. Cuando el saber encuentra su objeto en el saber ya no queda duda alguna con respecto a su definición inicial como privado de toda práctica y como nada de hacer. En este saber teórico que se ocupa de esa ceremonia enervante que es la lucha por el ri-



gor del concepto, que encuentra inmediatamente en sí su objeto para destruirse con sus goces como un adolescente o gozarse en su destrucción como un Stavroguin, hemos de reconocer en efecto la presencia de un sujeto que se mantiene puro en el despliegue de su potencia, puro, es decir, libre de toda práctica.

Resumiendo todo esto en una fórmula, según el gusto

de la ciencia, sea  $\frac{S}{s} = S$ , donde la ese mayúscula colocada

sobre la barra corresponde al significante o saber científico, la ese minúscula al objeto de la ciencia, y la ese mayúscula de la derecha a la significación que es el trabajo propio de la operación y que hace del signo igual el verdadero camino de una práctica. Pero la ciencia, como se dijo, excluye de sí toda práctica, a no ser como determinación ilusoria de la ese objetal, lo que queda expresado en nuestra fórmula designando con una misma letra, la ese mayúscula, al significante y la significación. Es decir, todo lo que se quiere hacer (significación) con el trabajo de la

ciencia sobre su objeto ( $\frac{S}{s}$ ) es sólo saber. Así, el tra-

bajo de la ciencia puede expresarse con sólo dos términos:

$\frac{S}{s}$ , o con tres que hacen en realidad dos:  $\frac{S}{s} = S$ . Esta últi-

ma fórmula tiene la ventaja de permitir despejar la ese minúscula. Con qué número ha de relacionarse un término de manera que se conserve igual a sí mismo? Con el uno. Así:

$\frac{S}{1} = S$ . El problema de despejar la ese mayúscula sería in-

soluble si no viniera en nuestra ayuda el teórico obsesivo,

en cuya fórmula ( $\frac{S}{s}$ ) la ese minúscula u objeto de la cien-

cia de valor uno es reemplazada por la ese mayúscula que

es el saber mismo. Es decir, la ese mayúscula vale también uno. Concluimos así en la fórmula:  $\frac{1}{1} = 1$ , fórmula vertebral de la ciencia en que la relación a la izquierda nos señala su campo de operación propiamente dicho como el hombre parado sobre sí mismo, en relación consigo mismo, y la cifra de la solución es la adecuada para representar la soledad suprema del científico.

### III. El mundo fantástico de la ciencia

El campo cultural de que hemos venido ocupándonos tiene tal poder de fascinación que es difícil detenerse algún tiempo en él sin sucumbir a sus prestigios, caso en el cual, bueno es reconocerlo, a lo sumo acreditaríamos la calidad de científicos aficionados. Por tanto, permítasenos pasar rápidamente a otras posiciones y, si se quiere, librarnos del problema con las tres afirmaciones sucesivas de que el campo de la teoría científica es un universo imaginario, que ese campo es el heredero directo del mundo de la teología y que si se aspira a ganar un poco de realidad es absolutamente imprescindible salir de él.

Nuestra primera afirmación se sustenta en la doble comprobación de que las determinaciones fundamentales de ese campo no se tienen racionalmente y que su existencia es de otra parte innegable. Lo que no es racional y existe es imaginario. Lo que no tiene consistencia desde el punto de vista de la razón puede cuanto más pretender a esa suerte de realidad degradada que es la simple materialidad del hecho, que pasa corrientemente por la pura y simple realidad. De esta manera, lo imaginario es lo que se acostumbra llamar lo real, es decir, lo existente, y la materia debe ser reconocida como la substancia propia de lo imaginario. De ahí que lo imaginario tienda inevitablemente a coincidir con el mundo que habitamos, con los órdenes institucionales que nos rigen y con los papeles que desempeñamos en ellos, y eso de que la vida es sueño, al menos

como comprobación factual, no debe ser considerado como una afirmación peregrina. La vida entera puede ser un sueño, y lo mismo puede sucederle a una cultura: basta, en cualquier caso, que dejemos de querernos prácticos, renunciemos a la pretensión de actuar verdaderamente y nos limitemos a habitar el terreno. Decimos que las determinaciones fundamentales del campo de la cultura científica no se tienen. Sus conceptos constituyentes, el de un sujeto que se encuentra del lado de la teoría y el de un objeto que se reconoce originalmente en la práctica, son inmediatamente contradictorios, su positividad se define por su negación. Así, la práctica es objeto cuando se la señala como una falsa práctica, la acción se hace objeto cuando se la descubre como impotencia, el sujeto de la voluntad es conquistado como objeto cuando se le rehusa todo verdadero carácter de sujeto. La teoría es sujeto, lugar de un verdadero hacer, porque no hace nada y en esta determinación se diferencia radicalmente de su pareja, la vida práctica. Vive del error del otro, de la voluntad de acción del otro, en virtud de una lógica singular: si el hombre que actúa yerra y es presa de toda clase de ilusiones, el que sabe esto y no actúa, y define por tanto su saber como pura inacción bajo la fórmula del saber por el saber, accede con solo ello a la verdad. Si la acción que se quiere tal es el error objeto del saber, la acción del saber que no es ninguna acción es lo propio de un sujeto que tiene la verdad como saber de aquel error. El que busca se pierde, el que nada busca se gana. La práctica objeto es una falsa práctica, la teoría sujeto es un hacer que no es ningún hacer. Objeto y sujeto son pues inmediatamente lo que no son, y ningún manipuleo dialéctico puede salvarlos de su irracionalidad. Sin embargo, todo este juego existe como un vasto campo de cultura, existen los teóricos que se adecúan mal que bien al concepto de este sujeto y existe aquel objeto por lo menos en la masa de textos que lo señalan como tal. Una entidad imaginaria reconocida como imaginaria nos conduce y debe conducirnos a voltear la mirada hacia el lugar en que se origina la proyección, a investigar los mecanismos de ésta y a tratar de hacernos cargo del conjunto complejo que deben

conformar lo proyectado y aquello que lo proyecta. Pero no es este el asunto del presente trabajo, que trata de mantenerse en el nivel manifiesto de los textos. No estudiaremos pues aquí cómo el que nada hace con el saber por lo menos hace el sabio, cómo el sabio necesita del reconocimiento psicológico, es decir, imaginario de los hombres prácticos que viven por fuera de la cultura y a los que ella señala por el concepto de su objeto, cómo para ello los hombres prácticos deben asumir este concepto, cómo al asumirlo producen por fuera del campo de la cultura propiamente dicho una nueva modalidad de relaciones objetales en que el sabio ocupa el lugar de objeto para la veneración y el ansia de incorporación substancial de los hombres prácticos privados de subjetividad y convertidos en público de la cultura, cómo este amor prosternado es el que viene a mantener la potencia del científico cuando ya en el interior de su campo amenaza ruina, y cómo, finalmente, los hombres prácticos que tales cosas hacen deben sacarle también algún partido a todo esto. Siguiendo en este punto las autodefiniciones del teórico como aquél que nada hace, nos limitaremos a señalar que en realidad él no constituye su campo con sus primeras definiciones conceptuales sino que el secreto de esta constitución debe encontrarse en otra parte, no importa que al decir esto parezcamos hacer uso de los mismos procedimientos científicos con que él denunciaba la alteridad de la práctica.

En segundo lugar, decimos que el campo de la teoría científica es el heredero directo del mundo de la teología. También éste tenía como eje un sujeto substantivado que gozaba de los mejores atributos. El defecto mayor de este sujeto, como lo demostró Kant, era que existía. También fue Kant el que nos lo quitó, por más que otros hayan querido luego atribuirse el mérito. Dios, como el sujeto y el objeto de la teoría científica, era un concepto contradictorio: era un ser existente, por tanto en principio susceptible de experiencia, colocado al margen del campo de la experiencia, más allá del tiempo y el espacio. Como quien dice, un ser existente por fuera de la existencia. Asumimos sin

titubear la solución idealista de Kant: pensando este existente por fuera de la existencia el hombre no podía sino pensar la idea, lo único que se parece a aquella definición. La existencia de la idea es su realidad como idea (piénsese en la dificultad que tuvimos para llegar con Freud al concepto de la realidad de lo psíquico como psíquico, o lo psíquico como una forma específica de realidad); la ubicación de la idea por fuera de la existencia es tal vez algo que todos entendemos y que no necesita explicación. La confusión que sufríamos con el concepto de Dios no es distinta a aquella en que nos sumiríamos si, para hacer justicia a la realidad propia de lo ideal, base de los más grandes actos, dijésemos: la idea es real, agregando a continuación y subrepticamente a este real el sentido de cosa existente (recuérdese aquí la confusión del paranoico, cuyos delirios persecutorios son, como delirios, bien reales, lo que puede darle pie para atacarnos por las vías de hecho). Suprimida así la dimensión de la idea como existencia, muerto el Padre que en su extrañamiento celestial garantizaba la verdad de que lo ideal no es cosa de este mundo pero que con ello mismo permitía que unos hombres mantuvieran a los más sin relación con la idea de humanidad, los atributos que en la divinidad se contenían —el de sujeto y el de libertad, los de creatividad, universalidad y razón— se revelaron simplemente, y perdónese la palabra, como de inevitable concepción para el pensamiento humano, lo cual es otra manera de afirmar la realidad de la idea como idea. La realidad humana, en su más alto sentido, es la de una idea, el hombre es una idea para el hombre, y las mejores determinaciones de la idea que no puede dejar de concebir son aspiraciones y valores que lo llaman a la acción y a una vida que regula sus esfuerzos por ellos. La realidad de la idea no es la de la existencia de sus determinaciones, como querría Sartre, no es la de la libertad que descubro como un dato en el vértigo, es la de la libertad que concibe mi pensamiento en la reverencia, una idea que no puedo dejar de querer y por la que no puedo dejar de luchar sin renegar de la idea misma de humanidad. Así Kant, ni más ni menos, liquidó el problema de Dios

como existencia para devolvernos lo ideal como una tarea, o mejor para entregarnos el problema moral, o de la acción, como el problema central de toda vida y de toda verdadera filosofía. Esta solución, que los analistas podrían considerar como el origen de un proceso cultural de formación del ideal del yo —moralidad que hacemos nuestra por lo menos como problema— se transforma, de manera relativamente imperceptible dentro del campo de la cultura científica, ruidosamente en ciertos asesinatos de Dios, en un proceso de inflación del yo ideal —el mejor yo que pueda imaginarse—, proceso en el que nada ganamos desde el punto de vista de la acción pero sí mucho desde el punto de vista del narcisismo. En lugar de ganar valores que sean motivos y sentido de nuestros esfuerzos, nos los apropiamos como cualquier burgués en calidad de provecho personal, procurándonos con ello un placer maníaco que Thomas Mann concebía sin dificultad pero que juzgaba irresponsable. Representada en Dios, la idea de sujeto dejaba de ser para nosotros una tarea inevitable para aparecer como un atributo ajeno. También el teórico se apropia los atributos de un sujeto cumplido, que no es el sentido de una verdadera práctica, y por tanto se burla generalmente de la sola mención de un problema moral. Es el sustantivo que no tiene que moverse de su sitio para gozar de sus atributos verbales. Como Dios, conoce los extravíos del hombre práctico, del terrenal, del apetente, y como él se abstiene sabiamente de participar en sus disputas. Esperemos también que, como Dios, encuentre en el hecho de su existencia la imposibilidad de mantenerse en su posición.

Y en tercer lugar, es preciso dejar de ocupar las posiciones definidas en este campo. Salir de aquí: esa es mi meta, decía un personaje de Kafka asfixiado por la fuerza envolvente de un universo igualmente fantasmal. Por el momento, es una tarea teórico-práctica suficiente. No vamos pues a considerar que si algún saber nos fuera dado alcanzar sobre las ilusiones de la teoría científica ello vaya a darnos con respecto a esta teoría la posición que ella ocupaba en relación con su objeto práctico, no vamos a as-

pirar a ninguna metaciencia por el solo deseo de saber, y no sólo por modestia sino para evitar que nos pase lo que a José K. cuyos alegatos y argumentaciones no hacían otra cosa que engrosar el expediente. Queremos saber, no por puro deseo de saber, sino porque queremos hacer algo con nuestro pensamiento. Más aún: ningún saber importante ha producido nunca el hombre que no haya tenido por base una gran energía práctica, un deseo poderoso de hacer algo. Marx y Freud, los constructores de nuestro saber empírico, esos hijos de Kant que si no lo reconocieron de palabra le hicieron más honor con su virilidad que todos los seguidores de escuela, no eran precisamente del género de esos espíritus que están prontos a considerar bienvenido el sufrimiento humano con tal que sobre él pueda construirse un saber, es decir, un status y hasta una profesión. Ellos fueron, como padres, probablemente más desdichados que Kant: les sobran quienes se reclaman sus hijos, abundan los que repiten cómodamente sus palabras para mejor eximirse de un despliegue de energía práctica como el que ellos tuvieron que hacer para decirlas. Y cuando hablo de su energía práctica me refiero concretamente a su pasión por la verdad, por la libertad, por la justicia. Si algo querían saber y llegaron a saber, era movidos por la voluntad de que el hombre se persiguiera sujeto de su vida y de su historia, apuntara permanentemente en el sentido de esta idea y encontrara el lugar de su tensión y su trabajo, de su vitalidad y su historicidad mismas, en la confrontación de su existencia actual con la idea más alta de lo humano que al pensamiento le fuera dado concebir, en la confrontación de su existencia materializada y estructurada con la idea del hombre como razón y como libertad. Que no fue eso lo que ellos dijeron? Que Marx, por el contrario, no reclamaba para su saber una dimensión práctica propia y que a este respecto lo hacía depender de su engarce en otra práctica y llegaba incluso a adscribirlo a un sector específico de la existencia social? Que, consecuentemente, no encontró el motor de la historia en la tensión de la idea y la existencia, sino en el choque entre distintos sectores de la existencia? Cierto. Pero nosotros, por más que todavía

tengamos mucho que aprender de *El Capital*, bien podríamos pensar de otra manera y ver en la tensión entre este texto hecho de razones y la existencia de las sociedades en que vivimos una de las claves mayores de nuestra historia convulsionada. Que la tensión entre el texto y la existencia no tenga otra forma de vivir que la de una tensión en el seno mismo de la existencia es algo que ciertamente puede llevarnos a trastrocarlo todo, a invertir el orden de las determinaciones, a colocar de entrada el texto en un sector de la existencia y producir el engendro de una verdad válida para todos que se dice perteneciente en propiedad a un grupo específico de hombres, de un discurso pronunciado en nombre de la razón, y por tanto en principio accesible a todos, que se dice particularmente situado y lineal o biunívocamente articulable con algún interés. A esta confusión bien podríamos asimismo atribuirle las más graves consecuencias prácticas comoquiera que envenena de irracionalidad el clima en que se debaten nuestros principales problemas. El reconocimiento de la dimensión o del fundamento práctico de la teoría, asunto que tanto se discute en los términos del problema de la unidad de la teoría y de la práctica, no consiste en buscarle a la teoría su fundamento en otras prácticas. Este reconocimiento ha de comenzar por hacerse en el origen práctico de la teorización misma, y si se trata de una obra liberadora, en el pacto supremo por el cual un hombre se determina a consagrar su existencia a una causa que no se encuentra preestablecida en parte alguna, que él llega a concebir en su especificidad a través de un debate que hemos de llamar moral y al servicio de la cual realiza su individualidad como un camino singular hacia lo universal. Así, es esto lo que debemos preguntarnos: en la persecución de qué idea desplegó Marx toda su energía y vio la necesidad de conocer el funcionamiento de nuestro modo de producción? Y en general: para qué es importante saber? Definida en esta forma la dimensión práctica de la teoría, como su fundamento y su legalidad, ya no será difícil hermanaarla con las prácticas que se desarrollan en nuestro mundo propiamente práctico. Unir una teoría considerada como no práctica



en su fundamento con una práctica que no contiene en sí nada que pueda recordar la teoría es un propósito imposible por la ley aritmética que nos prohíbe sumar lo que es disímil. La definición de la teoría que de manera explícita le asigna un fundamento práctico, que deja de considerar como un asunto privado en el que no hay que pensar las motivaciones que nos lanzan al pensamiento, permitiría modificar paralelamente ese concepto de la práctica que no le reconoce otra dimensión teórica que la que pueda venirle desde afuera, todo lo cual nos llevaría en conclusión a concebir una más alta dimensión de la práctica, que al ser el trabajo por nuestra idea puede muy bien englobar por igual lo que hoy llamamos lo práctico y lo teórico y hacer posible su suma. Reconociendo la inspiración que calla nuestro saber empírico no solamente evitaríamos las mistificaciones de esa teoría científica que acaba por reclamar para sí la verdadera práctica por la sola virtud de no hacer nada, sino que tal vez se pondría término al proceso de degradación que es la suerte del objeto práctico. Así tal vez se modificarían nuestros conceptos más aceptados del estado, de la política, o en otro campo, el del yo, el del acto consciente. Así tal vez hasta encontraríamos que los extravíos del hombre que se quiere práctico son, con toda su inmediatez, el primer orden o las primeras letras que grabamos sobre la piel del mundo, que ese hombre nos descubre en sus tropiezos mismos las jerarquías de lo que ha de ser pensado, lo que la cultura debe trabajar.